



### DON VICENTE GUERRERO.

Es este héroe una de las principales figuras de la guerra de Independencia, y sus principales hechos durante la guerra son muy conocidos.

Nació en el pueblo de Tixtla, hoy ciudad Guerrero, en Agosto de 1782, perteneciendo á la clase indígena dedicada al campo; sus primeros años los pasó en el oficio de arriero, sin conocer ni aun los principios más generales de instrucción, lo que si bien fué culpa de la época, no dejó de traer dolorosas consecuencias para nuestro país. Parece que comenzó su carrera militar en 1810, á la vez que el Cura Morelos, bajo cuyas órdenes sirvió hasta el suceso de Tetzamalaca; pues de un individuo que no cuidó de formar su hoja de servicios y que ni aun el despacho de General de División dejó, pocos antecedentes ciertos han de tener-

se de su carrera militar, que tuvo principio á las inmediatas órdenes de Galeana; en 1811 figuró en Izúcar en un lugar de importancia y como Capitán, dejándole encargado Morelos el puesto cuando marchó para Tasco; su nombre resonó en Febrero de 1812, por haber derrotado en el mismo Izúcar al Brigadier Llano y extendido por todos aquellos rumbos la causa por la Independencia, figurando ya en 1814 con el carácter de jefe. Siendo su cualidad sobresaliente la fidelidad, mereció la confianza de Morelos, que le dió instrucciones para levantar tropas y propagar la revolución, con cuyo fin se dirigió desde Coahuayutla á la Mixteca, presentándose á Sesma en Silacayoápam; este jefe lo recibió muy mal, y le mandó presentarse á Rosains, quien envió cartas contra Guerrero con un individuo llamado Francisco Leal; pero reunidos en el camino abrieron las cartas, en las que Sesma recomendaba á Rosains no diera mando alguno á Guerrero, á quien había de nombrar Comandante de su escolta; en virtud de esto, no fué á Tehuacán, sino que acampó en el cerro de Papalotla, donde quiso atacarlo el Capitán Peña, que sufrió una derrota, sorprendiéndolo Guerrero, que se apoderó de cuatrocientos fusiles, y con ellos se retiró al rancho de Otomatla para organizar su gente, diezmada por la fiebre y las viruelas; obtuvo algunas ventajas contra La-

Madrid é hizo prisionero al Teniente Combé, que fué fusilado.

Llegado Rosains á Silacayoápam á fines de 1814, invitó á Guerrero para atacar á Huajuápam, guarnecida por Samaniego, á cuya propuesta no accedió, por los antecedentes de Rosains, que le hicieron desconfiar; aunque este jefe estaba enfermo, se hizo conducir hasta Tlamajalzingo, procurando avenir á Guerrero con Sesma, á lo que el caudillo no se prestaba; entonces Sesma y Rosains resolvieron atacarlo, pero lo impidió Guerrero prestándose á concurrir á la conferencia á que se le invitaba. Habiendo hecho nuevamente progresos la revolución á principios de 1815, mandó Guerrero, ya con el grado de Coronel, desde el punto que ocupaba, una expedición por Metepec, á las órdenes del negro costeño Juan del Carmen, de horroroso aspecto y de extraordinaria valentía, el cual aumentó el número de los soldados y recogió muchas armas, uniéndosele varios individuos notables. Juan del Carmen fué despachado á otra expedición, y ya de regreso, se quedó en Tlamajalzingo y se dirigió Guerrero con una sección de infantería y otra de caballería hacia Xonacatlán, donde supo que marchaban sobre él los jefes Lamadrid, de Izúcar, y Armijo, de Chilapa, y entonces se situó en Acatlán y desde allí atacó el caudillo varios convoyes que caminaban para Oaxaca, apoderándose

de uno que conducía el Coronel Samaniego, que se retiró derrotado á Izúcar.

El pueblo de Acatlán había sido abandonado por los jefes Flón, después de haber resistido un fuerte ataque de seiscientos hombres de Guerrero y Sesma y de tres días de continuados combates, escapando los realistas por haberlos auxiliado Lamadrid. Tras de algunos pequeños combates, determinó Guerrero atacar á Tlapa, importante en aquellas circunstancias, por su posición entre la Comandancia del Sur y la Provincia de Oaxaca, comunicándose por ella con Puebla. Para su objeto mandó al Coronel Cármen á las inmediaciones de la villa y presentándose en su auxilio cuando se estaba batiendo, obtuvo completa victoria sobre los realistas y siguió para Tlapa, cuyo punto sitió por espacio de veinte días, defendiéndolo el Capitán Don Carlos Moya, estrechado de tal manera, que estaba próximo á rendirse por falta de víveres, cuando se presentó Armijo y sorprendió el campo insurgente, que se salvó tan sólo por el denuedo de Guerrero, que se batió muy de cerca, al extremo de lastimarle el labio superior con el cañón de un fusil; rechazados los realistas, tuvieron que huir hasta Olinálá, sufriendo el descalabro por haber faltado á la combinación arreglada por el Virrey, pues presentándose Samaniego poco después, se halló con el sitio levantado y Guerrero se

retiró á su cuartel. Dió escolta al Congreso hasta Tehuacán y rechazó dos veces á Lamadrid en las orillas del río Xiputla y en Huamuxtitlán. Pero cuando ya declinaba la revolución, sufrió una derrota en la cañada de los Naranjos, donde se había fortificado para esperar á Samaniego, que conducía otro convoy hacia Acatlán; forzado el paso, estuvo Guerrero á punto de perecer, y tuvo en su tropa muchos muertos y heridos, aunque á poco consiguió la revancha en otro encuentro con el mismo Samaniego y Lamadrid, en el cerro de Piaxtla; derrotó á Zavala y Reguera y se negó á indultarse, no obstante que Apodaca apeló á los sentimientos de la naturaleza y comprometió al padre del jefe mexicano á que interpusiese sus respetos y su amor, para que cediera Guerrero, haciéndole grandes promesas.

Informado Guerrero por medio de Don Nicolás Bravo de la existencia de la Junta de Jaujilla, la felicitó y procuró establecer relaciones con ella, lo que era muy difícil porque guardaban los realistas cuidadosamente las líneas de división entre ellos y los distritos insurgentes; no obstante, la informó que desde la Pascua de Navidad en 1816 se habían dedicado, después del exterminio del Gobierno, los enemigos, á perseguirle; que había logrado batirlos en la llanura de Piaxtla, y se quejaba de la conducta de Terán y Sesma. Pidió á la Junta le autorizara

para operar con desembarazo, y en todo caso ofreció que se sacrificaría por su Patria y se conformaría con lo que la Junta dispusiera. Disuelta dicha Junta á consecuencia de una sorpresa y de la prisión de su Presidente el Dr. San Martín, en Febrero de 1818, y vuelta á reunirse en las inmediaciones de Huetamo, había mandado Armijo al Teniente Coronel Don Juan Isidro Marrón, que se adelantaría con una sección de su mando á perseguir á Guerrero en aquel distrito, con cuyo fin destacó Marrón al Capitán Don Tomás Díaz, quien aprehendió al Presidente Pagola y al Secretario Bermeo, fusilados en el Cementerio de la Parroquia de Huetamo. Entonces Armijo siguió la costa del mar del Sur hasta Zacatula, á donde no habían penetrado las armas realistas desde el principio de la revolución; llegó allí en el mes de Mayo, inutilizó la artillería, arrasó las trincheras, incendió las poblaciones y destruyó los plantíos de tabaco ya en estado de cosecharse y cuanto podía ser de utilidad á los insurgentes. En consecuencia, tuvo que retirarse Guerrero á la costa de Coahuayutla, después de diversas correrías, en unión de Bravo, y defendiéndose de Armijo; ocupó con su gente el cerro de Barrabás, grupo aislado de ásperas montañas entre la ribera izquierda del río Mexcala y la cordillera que lo separa de la costa, circulando por tierras enfermizas, aunque en su cumbre frío y sa-

no; logró reunirse con Montes de Oca y otros, con cuyas fuerzas obtuvo algunos triunfos, habiendo sido proclamado General en jefe del Sur; con tal carácter dictó varias disposiciones, y aunque algunas ocasiones estuvo la traición á punto de perderlo, logró libertarse y tuvo que andar oculto varios días, en compañía de pocos soldados, careciendo hasta de alimento y padeciendo toda clase de sufrimientos; aprovechó un pequeño descanso que le dió Armijo, logrando á fuerza de trabajos y prudencia presentarse de nuevo en Junio, en las orillas del Zacatula de una manera imponente; se ocupó de fundir cañones en Coahuayutla con metal de las campanas, en elaborar parque y construir una maestranza, y se puso de acuerdo con los Comandantes de Michoacán y Guanajuato para seguir la campaña:

Indultados Terán, Sesma y otros, se halló Guerrero aislado y se internó por la Mixteca, disponiendo que Juan del Carmen ocupara á Xonacaflán, que sitiaron en 1817 varias secciones del Gobierno, en cuyo poder cayó después de una tenaz resistencia, muriendo allí el valeroso Coronel. Esta desgracia hizo que muchos, amedrentados, desertaran ó se acogieran al indulto, y no faltaron traidores entre los insurgentes, constituyéndose en espías de los realistas, á quienes muchos servían por el conocimiento que tenían de los caminos. La caída de aquel

punto puede considerarse como uno de los últimos hechos de la primera época de la guerra por la Independencia. Sobre las ruinas de tantos hombres y sobre las debilidades y maldades de otros, quedó Guerrero, cuya sola voz se oyó en medio del terrifico silencio. Guerrero, abandonado de la fortuna, traicionado, sin dinero, sin armas, sin elementos de ningún género, fué en el período de desolación, el único sostenedor de la causa de Independencia; resaltando entonces sus cualidades de valor, prudencia, sagacidad profunda, actividad incansable y heroica constancia, mantuvo en las montañas del Sur el fuego del patriotismo encendido en Dolores, y ya casi apagado, sin ceder á las amenazas del poder ni á los ruegos de la familia.

Don Pedro Guerrero, padre de Don Vicente, se había decidido desde el principio por los españoles, hasta el grado de entrar al servicio activo de los llamados patriotas, y combatía contra las partidas que mandaba su hijo, á quien escribió procurando persuadirle de la ninguna esperanza de triunfo que ofrecía la causa de los independientes, porque sostenían principios contrarios al Rey y á la religión. El Virrey supuso que la presencia del padre causaría más efecto sobre el joven caudillo y le autorizó para dirigirse á verlo y tentar todos los resortes que pudiesen someterlo. Guerrero se afectó

en presencia de su padre, al que profesaba tierno cariño y veneración profunda, oyó á la vez que el Gobierno español le conservaría el grado que tenía y que le ofrecía una fuerte cantidad; le fué representada la triste situación en que estaban su esposa é hija, é hincándose el padre delante del hijo y abrazándole las rodillas, le pidió llorando que volviera al seno de la familia y aceptase las ofertas del Gobierno. Con serenidad oyó el caudillo á su padre, lloró con él y sin responder á las súplicas de éste llamó á sus soldados y les dijo: "Compañeros; véis a este anciano respetable, es mi padre; viene á ofrecerme empleos y recompensas en nombre de los españoles. Yo he respetado siempre á mi padre; pero mi patria es primero." Le besó la mano y le suplicó no volviese a verlo si su visita tenía por objeto quererlo convencer de que se indultase.

En la provincia de Michoacán se habían visto obligados los jefes de la revolución á pedir indulto por la viva persecución ejercida contra ellos, acogiéndose Don Mariano Tercero, Don Juan Pablo Anaya, los PP. Navarrete y Carbajal, el Jefe Huerta y varios Brigadieres y Coroneles, hasta que derrotado y cogido el P. Zavala quedaron únicamente pequeñas secciones. Sólo Guerrero, reuniendo las partidas de Chivilini, italiano, desertado de uno de los Cuerpos expedicionarios, y las que levantó Urbibzu, que habia

vuelto de nuevo á la revolución, logró algunas ventajas: derrotó en Tamo á Armijo, haciéndose de armamento para mil ochocientos individuos, y de nuevo obtuvo otro triunfo en Tzirándaro, y con los recursos adquiridos se resolvió á conquistar la Tierra-Caliente, reuniendo antes en la hacienda de las Balsas á la Junta de Gobierno, representada por los Vocales Arriola y Villaseñor, y nombró al Lic. Don Mariano Ruiz de Castañeda en lugar de Pagola, dando con estas acciones otra prueba de que era noble su desinterés, ardiente su patriotismo y puras y rectas sus intenciones. Dirigiéndose hacia el interior de la provincia comenzó sus operaciones militares por la toma de Ajuchitlán, en la cual empleó cuatro días de fuertes ataques; batió á los realistas en Coyuca, Santa Fé, Tetela del Río, Cutzamalá, Huertamo, Tlalchapa y Copanlotitlán, consiguiendo hacerse dueño de la Tierra-Caliente y poder dar una sección á Montes de Oca para que obrara sobre Acapulco, otra igual á Bedoya para hostilizar á Valladolid, y éi marchó con el resto sobre Chilapa, mostrándosele propicia la fortuna de tal modo, que en Enero de 1819, cuando apareció el célebre guerrillero Pedro Ascensio Alquisiras, contaba ya multitud de victorias, viniendo á ser este guerrillero de mucha utilidad á Guerrero, por tener extraordinario valor, confesado por los mismos españoles, ser as-

tuto y de mucha actividad, por la cual tenía en continuo movimiento á todos los jefes de la Comandancia del Sur, que estaban al mando de Don Gabriel de Armijo, que renunció y fué substituido por el Coronel Don Agustín de Iturbide.

Habiendo producido en el año de 1820 una conmoción profunda en México el restablecimiento de la Constitución, favoreciendo la causa de la Independencia, creció considerablemente la nombradía de Guerrero, que ya no era un jefe obscuro, sino de una fuerza respetable por su número y práctica en la guerra, que en el Sur se hacía no sólo con firmeza, sino con humanidad. Con demastada imprevisión había dado por concluida la revolución el Coronel Armijo y distribuido las fuerzas que tenía bajo sus órdenes, en los puntos fortificados en los contornos de los distritos que ocupaban Guerrero y Asensio, por cuya causa fueron batidas aisladamente, guardando grandes distancias unas de otras y siendo forzoso llevarles los víveres para que subsistieran, en cuyo servicio no podían ser empleadas sino fuerzas cortas que quedaban aisladas en sus tardías marchas, circunstancias todas que daban hasta entonces la ventaja á los insurgentes mandados por Guerrero, por lo que el Virrey Apodaca recomendó á Iturbide, que ante todo procurase atraer á Guerrero y Asensio al indulto.

Salido Iturbide de México el 16 de Noviembre de 1820, estableció en Teloloápam su cuartel general, reuniendo cerca de tres mil hombres con las tropas que encontró.

El General Terán se había internado á la Sierra de Jaliaca, y en su busca hizo pasar Iturbide al interior de la serranía una fuerza de cuatrocientos hombres y distribuyó varias secciones para impedirle el paso del Mexcala y la comunicación con Asensio, al cual quiso perseguir activamente. Después de algunos encuentros de importancia favorables á Guerrero, le dirigió Iturbide una carta el 10 de Enero de 1821, invitándole á conferenciar con él y enviándole una persona de su confianza para que le impusiera de su modo de pensar; le indicó la posibilidad de que los diputados que habían ido á España consiguieran que el Rey ó alguno de sus hermanos viniera á México á reinar. Aquella carta no era más que un pretexto para entrar en correspondencia y negociaciones con Guerrero, como sucedió, dando por resultado que este insurgente, siempre abnegado y generoso, pusiese todos sus elementos á disposición de Iturbide, el cual pudo dedicarse ya á su tarea de proclamar el Plan de Iguala, que fué acogido con júbilo por la nación entera y que en el término de siete meses triunfó.

Guerrero durante esa campaña quedó en el Sur y sólo vino á México para la entrada

del Ejército Trigarante. Fué enemigo del imperio, al cual combatió en unión de Bravo; en 1828 fué candidato de los yorkinos para la presidencia de la República, pero derrotado, sus partidarios apelaron á la revolución, consiguiendo vencer y llevarlo á la suprema magistratura; gobernó algunos meses de 1829 y durante su administración desembarcaron los españoles en Tampico y fueron derrotados. En Diciembre fué derrocado por Bustamante y huyó al Sur, donde sus partidarios lo obligaron á tomar las armas y á resistir á todas las tropas del Gobierno; viéndose que no se podía vencer por la fuerza á Guerrero, se recurrió á la astucia y al efecto se hizo que un italiano, Francisco Picaluga, lo llevase con engaños á su buque, surto en Acapulco, y lo entregase á las autoridades de Hualulco. Un Consejo de Guerra después de haberle formado un proceso sumarísimo, lo condenó á muerte, sentencia que fué ejecutada en el pueblo de Cuilápam, cercano á Oaxaca, el 14 de Febrero de 1831. Sus restos descansan en San Fernando.

Así terminó su vida, víctima de las discordias políticas, el ilustre insurgente que parte tan directa tuvo en la Independencia de México.



### DON AGUSTIN DE ITURBIDE.

El Libertador de México vió la primera luz en la ciudad de Valladolid, que dos y medio siglos antes había sido fundada por uno de sus antepasados, Don Juan de Villaseñor de Orozco, antepasado también del Párroco de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla. El niño Agustín nació en la casa que aún se conserva en el mismo estado que entonces, el 27 de Septiembre de 1783, del matrimonio de Don Joaquín de Iturbide y Arregui y de Doña María Josefa Arámburu Carrillo y Villaseñor. En los primeros días de su existencia sufrió un accidente que por poco le cuesta la vida, pues hubo un incendio en la pieza donde estaba su cama, y sus padres consideraban que sólo de una manera providencial se había salvado. Concluida su instrucción elemental, entró al Seminario de su ciudad natal á estu-

diar gramática latina; pero como una carrera académica no colmaba sus ambiciones, prefirió dedicarse á la milicia.

En 1798 y á la edad de quince años, entró al servicio de las armas en la clase de alférez en el Regimiento de infantería provincial de Valladolid, que mandaba el Conde de Casa Rul.

El año de 1805, se enlazó con Doña Ana María Huarte, de una familia notable, y al poco tiempo marchó con su Cuerpo al Cantón que en Jalapa formó el Virrey Iturrigaray. Allí oyó por primera vez hablar de independencia, aunque por entonces la idea no hizo mella en su espíritu. Vuelto á Morelia fué invitado por García Obeso, el padre Santa María y Michelena á tomar parte en la conspiración que allí se tramaba; pero se negó á ello á causa de que no creyó formal aquel intento y de que por entonces estaba dedicado á negocios que cebian aumentar su capital. Tuvo, sin embargo, noticia de todos los pasos y combinaciones de los conspiradores y aun por un momento las autoridades lo creyeron inodado en la trama, como lo demuestra el hecho de que fuera llamado á declarar y diera los nombres de las personas á quienes habia visto reunirse, sin decir, sin embargo, para qué se reunían. Don Miguel Hidalgo, invocando las relaciones de parentesco que entre ambos existían y ofreciéndole un al-

to puesto militar, también lo invitó á unirse á los que iban á pelear por la Independencia, pero Don Agustín se negó una vez más.

Cuando estalló la revolución de Independencia con el grito dado en Dolores el 16 de Septiembre de 1810, por el Cura de aquella población, Don Miguel Hidalgo y Costilla, Iturbide con treinta hombres salió de Valladolid y se reunió á las fuerzas de Don Torcuato Trujillo, que aguardaban al ejército de los independientes para disputarles el paso en el fragoso terreno de las Cruces. En esta memorable acción fué donde por primera vez se batió el joven oficial como el mejor veterano, y por su valor mereció elogios de sus jefes, y fué ascendido á Capitán de una Compañía del Batallón provincial de Tula, pasando al Sur á servir á las órdenes de García Ríos. Por enfermedad vino á México y se salvó por este incidente imprevisto de haber perecido, como su jefe, á manos de los insurgentes. Primero marchó á Valladolid, y luego á Guanajuato, como segundo del Comandante general García Conde. En todos los encuentros y acciones reñidas se señaló; y él fué quien capturó á Albino García, que fomentaba allí la revolución. Todos sus grados y ascensos los alcanzó en el campo de batalla, y en poco tiempo fué nombrado Coronel del Regimiento de Celaya. Situó Iturbide su cuar-



tel general en Irapuato, y pronto organizo la defensa de San Miguel Chamacuero y San Juan de la Vega, y mandó fusilar muchos insurgentes en todas estas expediciones. Acudió por orden del Virrey al socorro de Valladolid, que atacaba á fines de 1813 con todo su ejército Morelos; por mandato de Llano fué á hacer un reconocimiento a la posición enemiga, con 360 hombres, la mayor parte de caballería, y no sólo se contentó con lo prevenido, sino que atacó el campo de Morelos, defendido por 20,000 hombres acostumbrados á vencer, y por 27 cañones, y en la carga llegó hasta el centro enemigo y estuvo á punto de hacer prisionero al jefe contrario. Siguió el combate en la noche, y después de destrozarlos, los dejó batiéndose entre ellos mismos, motivado todo por la confusión que introdujo, y al fin se desbandaron, abandonando el campo.

En seguida acompañó á Llano al ataque del cerro de Cópore, y á pesar de haber extendido por escrito su opinión sobre el mal éxito que tendría el ataque proyectado por el jefe español, éste lo comisionó para mandar la columna de ataque, pero fueron rechazadas las tropas conforme él lo predijo y á Llano se le hizo un severo extrañamiento.

El año siguiente le concedió el Virrey el mando de las provincias de Guanajuato y

Valladolid, y del ejército del Norte, pero varias personas influyentes se quejaron de él por excesos de severidad y abuso de su poder; y aunque fué absuelto, se le separó del mando, pues no tenía mucha confianza el Gobierno en los jefes mexicanos; y el Obispo electo de Michoacán, Abad y Qusipo, predijo que la fama y victorias de Iturbide podían ser más adelante fatales para la causa de España.

Llegó el año de 1820, y en él se proclamó la Constitución española por un movimiento revolucionario en la isla de León. Aquella conducta sirvió de ejemplo á las tropas de México, y entonces se empezó á hablar con seguridad de Independencia, y esta opinión comenzó á generalizarse. Iturbide conoció el verdadero estado del país y de sus fuerzas; y con la experiencia que le dieron los primeros caudillos, modificó su proyecto fijando tres bases esenciales: la unión, la religión y la independencia. Con ellas creyó amalgamar todos los intereses, bosquejó un programa que halagaba á todos, daba orden á la revolución, y presentó un plan bien concebido para las circunstancias, llamado de las Tres Garantías, por su autor; lo consultó con personas sabias y prudentes y todas las aprobaron; faltaba únicamente el elemento principal, que era el mando de una fuerza; pero este obstáculo fué vencido pronto, pues no faltó persona

que con mucho tino y cautela lo recomendase al Virrey Apodaca, el cual le dió el mando del ejército del Sur, que acababa de renunciar Armijo y que estaba destinado á acabar con Guerrero, único jefe insurgente que quedaba.

El 16 de Noviembre de 1820, salió de la capital con una división de 2,479 hombres y situó su cuartel general en Teloloápan; con mucho tacto comunicó sus proyectos á sus oficiales, á los que en su gran mayoría encontró dispuestos á secundarlo, y creyó fácil tarea acabar con Guerrero y Pedro Asensio. Pero dos fracasos que sufrieron sus fuerzas, le hicieron ver que la tarea no era tan fácil como creía, y entonces, para no perder tiempo, decidió atraerse á Guerrero. A pesar de la desconfianza de éste, Iturbide supo manejarse tan bien, que el noble insurgente no tuvo reparo en ponerse á las órdenes del antiguo Coronel realista. Allanado así el camino, el 24 de Febrero de 1821 ondeó por primera vez el tricolor pabellón, que es el emblema de nuestra nacionalidad, y á su sombra se proclamó el plan de Iguala, que nos había de hacer independientes. Despachó correos al Virrey y á los principales jefes realistas y durante algunos días, como asombrado de lo que acababa de hacer, permaneció en la inacción, que pudo serle fatal, pues la deserción empezó á mermar sus filas.

Pero pronto entró en actividad: dejando á Guerrero en el Sur, él se dirigió por el camino de Zitácuaro y Acámbaro al Bajío, y pronto empezó á tener noticias favorables de lo bien que su actitud había sido acogida en la provincia de Veracruz. En Tuzantla fué recibido con aclamaciones y desde ese momento su marcha se convirtió en un paseo triunfal.

En Acámbaro fué recibido también como vencedor; en Celaya y Guanajuato, Bustamante y su ejército juraron el plan de Iguala; Negrete lo aceptó y Cruz huyó á Durango, de manera que todo el Occidente se había declarado independiente sin haberse disparado un solo tiro. En Michoacán, Quintanar abandonó Valladolid, y en todas partes la nueva era fué saludada con júbilo por todos los mexicanos, que vislumbraban ya la aurora de la Independencia. Del Bajío pasó á Querétaro, donde presenció la famosa acción de "treinta contra cuatrocientos," pasó en seguida á Puebla, para recibir de manos de Llano las llaves de la ciudad; conferenció con el último Virrey que España enviaba, Don Juan O'Donojú, el que en la Villa de Córdoba pactó con Iturbide lo poco que podía hacer aquél por su patria: que el trono de México se reservase para un príncipe español.

En Julio de 1821 estaba concluida la guerra y el pabellón de España sólo ondeaba

en la capital, en el Norte, en Ulúa y en algún punto de Veracruz; pero pronto fue desapareciendo de todas partes. Cruz capituló en Durango, Arredondo dejó el gobierno de las provincias internas, y la costa, al fin, se declaró por la Independencia; el ejército trigarante engrosado continuamente, se acercó á la capital, donde el Gobierno español había desaparecido en medio de un motín militar. Las puertas de México se abrieron al Libertador, y el 27 de Septiembre de 1821, desfiló por sus calles el Ejército de las Tres Garantías, llevando á su frente á Iturbide y á una pléyade de jefes de los nuevos y de los antiguos insurgentes. Con toda razón y rebosando su alma de una alegría que á pocos hombres les es dado tener, Iturbide dijo á la nación: "Ya sabéis el modo de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices."

Desde las desiertas riberas del Oregón hasta las ardientes costas de Panamá, y de uno á otro Océano, medio Continente del mundo de Colón, nacía á la vida de los pueblos independientes y con el más legítimo entusiasmo, saludaba á la libertad y á su libertador.

Pero la discordia estaba latente al día siguiente de realizada la Independencia. Iturbide tenía tantos enemigos cuantos admiradores contaba la víspera de realizar tan magna obra. Los diez años de lucha ha-

bían roto los vínculos de sujeción, hecho perder el respeto á la autoridad y creado demasiados intereses opuestos para que pudieran amalgamarse y trabajar de consuno en la obra de la reconstrucción nacional; los antiguos insurgentes se consideraron postergados; entre los nuevos habra muchos que se inclinaban al sistema republicano y los monarquistas repugnaban la presencia de un Borbón en México. Ignorantes todos de la ciencia del gobierno á causa de que ninguno la había ejercido, pues el antiguo Gobierno virreynal había cuidado de tener apartados á los criollos de todos los puestos importantes, cada uno tenía sus erróneas ideas sobre el mejor sistema de gobierno, se desconocía en lo absoluto la división de poderes y el militarismo, que era el que había hecho la Independencia, imperaba en absoluto y no encontraba rival ni aun en el clero, que tanto había contribuido á la misma obra. El centro de todas estas aspiraciones, divisiones y discordias era el poder, único que había; Iturbide, que á pesar de la Junta Gubernativa y del Gabinete se creía con derecho á legislar y á mezclarse en todo, no por mala fe, sino por esa ignorancia de que hemos hablado. Los mismos que lo acusaban de aspirar á la tiranía no advertían que también cometían actos de despotismo por

la misma razón, y la nueva nación iba caminando penosamente.

Entre tanto el pueblo, para el que Iturbide era su ídolo, trataba de glorificarlo siempre que encontraba oportunidad para ello; la masa del ejército, sin contar los jefes, seguía el mismo instinto, y de aquí resultó que fraternizasen estos elementos para proclamar al libertador Monarca de la nueva nacionalidad, y que esta proclamación fuese secundada por el pueblo de las demás ciudades y por la gran mayoría de todos los Diputados, que comprendían, así como aquéllos, que se necesitaba un poder fuerte, unido y prestigiado, para encauzar tantos elementos de discordia como surgían y para conducir por buen camino á la patria que acababa de nacer: Los desaciertos de Iturbide y de todos los que gobernaban, hicieron que ese imperio no fuese viable y que desapareciese con la misma rapidez con que había surgido: el mismo Libertador, guiado por un noble sentimiento de generosidad y creyendo trabajar por su popularidad no quiso que se derramase una sola gota de sangre en defensa del trono levantado por la gratitud nacional, y abdicó la corona y manifestó su deseo de ir al extranjero, juzgando que una ausencia de algunos meses ó de algunos años sería provechosa para él y para el país.

No se engañaba en sus previsiones, pero no contaba con que la minoría, ó sea sus enemigos, se había de apresurar á aprovechar hasta los instantes de su ausencia y había de votar la ley que lo declarase traidor y que lo pusiese á merced del primer jefe de tropa ó alcalde que lo reconociese al desembarcar. Lo que él creyó que sería un trasunto de la vuelta de la isla de Elba, en el que los pueblos lo aclamarían y en triunfo lo llevarían hasta reinstalarlo en el Palacio imperial, se convirtió por causa de la previsión de sus enemigos en el camino del Calvario que no tuvo muchas etapas, pues en la primera de ella las balas parricidas le arrancaron la vida en Padua el 19 de Julio de 1824. Quedaba, sin embargo, su obra: México independiente, pero el encono sectario se había encargado también de negarla y ha trabajado incesantemente para conseguirlo: los liberales de hoy, hijos legítimos de los yorkinos de ayer, se han esmerado más todavía que aquéllos, en hacer desaparecer el nombre del Libertador Don Agustín de Iturbide de la Historia de México, y aunque creen haberlo conseguido atribuyendo toda la gloria á Don Vicente Guerrero, su tarea es vana: sin negar á éste lo que le toca, mientras México exista como nación soberana y entre tanto se vea simbolizada en el tricolor pabellón que

significa religión, unión, independencia, el nombre de Iturbide será inmortal y estará grabado en el pecho de todo mexicano.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTA.—Las biografías de los señores Alcalá, Calvillo, Camarena, Castellanos, Couto, Crespo, Herrera, Izquierdo, Magos, Ornoz, Peredo, Romero y Velasco, fueron escritas por el distinguido escritor señor Don Elías Amador, que bondadosamente se prestó á ayudar al autor en su tarea, por el poco tiempo de que éste disponía, dada la premura con que se terminó este segundo tomo.



## INDICE

	<u>Págs.</u>
1 Alas Ignacio. . . . .	431
2 Alcalá José María. . . . .	167
3 Alvarez de Toledo José. . . . .	454
4 Anaya Juan Pablo. . . . .	188
5 Arroyo Antonio. . . . .	450
6 Ascensio Alquisiras Pedro. . . . .	419
7 Ayala Francisco. . . . .	135
8 Beristáin Vicente. . . . .	218
9 Bravo Leonardo. . . . .	111
10 Bravo Máximo. . . . .	157
11 Bravo Miguel. . . . .	123
12 Bravo Nicolás. . . . .	83
13 Bravo Víctor. . . . .	141
14 Bustamante Carlos M. de. . . . .	498
15 Calvillo Pablo. . . . .	230
16 Camarena Daniel. . . . .	182
17 Castañeda José Sotero. . . . .	446
18 Castellanos Marcos. . . . .	539
19 Cos José María. . . . .	1